

Manú Dornbierer

Siempre el mismo dolor

La verdad, el realismo en pintura no es mi preferido, menos aún el hiperrealismo, pero cuando vi aquella noche en la galería de la Casa de Cultura de Acapulco la imagen de esa mujer llorando, literalmente se me hizo un nudo en la garganta y sentí un sabor de lágrimas en la boca. Quería ocultar mi emoción por razones obvias, para no parecer una demagoga al pensar que esa mujer que veía, esa india bonita prematuramente envejecida y arrugada, era en realidad el mejor retrato de la mujer mexicana que podía encontrar.

El pintor Víctor Hugo Rodríguez Polanco, un muchacho acapulqueño de 32 años, que sólo ve con un ojo, estaba junto a mí y aunque para él era positivo comprobar que su dibujo producía esa reacción, la situación le era un poco embarazosa por mi mani-fiesta y excesiva emoción en un coctel de inauguración que ni siquiera era para él solo.

En efecto, nos encontrábamos los dos al fondo de la galería en cuya sala principal se presentaba otra obra. Mi amiga, la periodista María Fausta Luna, mujer de gran sensibilidad, me había llamado para presentarme con Víctor Hugo y enseñarme sus cuadros. No, no era el momento ni el lugar para sensiblerías, pero lo mío no lo era. Era verdaderamente una emoción al ver tan bien plasmado el dolor de la mujer mexicana mayoritaria que conocemos todos, que miramos a diario, que de tan conocida ya no vemos.

He gastado mucho, le dije a Víctor Hugo y por ahora no te puedo comprar un cuadro. El sonrió inteligentemente ante mi falta de tacto, pero yo no podía desprender la vista de la mujer. Al fin le dije: Sí te voy a comprar este cuadro, y en ese momento, generoso, como son los artistas, Víctor Hugo me regaló otro que también me gustaba, el de una niña en el despertar de la vida, que apenas asoma por una ventana. Compré pues el cuadro que se llama como tenía que llamarse: "El dolor de siempre", tan genuino, tan auténtico, tan desoladoramente mexicano.

El cuadro se encuentra en mi casa ahora entre plantas, porque sólo rodeado de ellas puedo verlo sin sentir



desolación y mi amigo, el pintor que sólo ve con un ojo, Víctor Hugo Rodríguez Polanco, seguirá en estos momentos sin duda captando, sin gota de demagogia, mexicanos de este pueblo nuestro que tanto necesita de observadores que denuncien su dolor ya sea con palabras las más de las veces, ya sea con lápices talentosos como los suyos. Es superfluo, ante este cuadro, describir lo que sufre y ha sufrido siempre la mujer mexicana humilde. Su sola reproducción en FEM sería el más elocuente sentimiento de solidaridad de las mujeres, mucho más que cualquier texto que al respecto se pudiera escribir. *Jm*